



e-l@tina

Revista electrónica de estudios latinoamericanos

[e-l@tina](#) es una publicación del
Grupo de Estudios de Sociología Histórica de América Latina ([GESHAL](#))
con sede en el
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe ([IEALC](#))
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

Intelectuales y lucha armada en Argentina. La década del sesenta

Pablo Ponza

Doctorando en Historia, Universidad de Barcelona. Correo electrónico: pabloponza@yahoo.es

Recibido con pedido de publicación: 22 de diciembre de 2005

Aceptado para publicación: 20 de febrero de 2006

Resumen

Intelectuales y lucha armada en Argentina. La década del sesenta

La década del Sesenta fue quizás uno de los períodos más ricos del siglo XX en difusión y debate de ideas transformadoras. Paradójicamente, estos años de modernización cultural coinciden en la Argentina con una etapa de proscripción política, autoritarismo y violencia, donde sobretodo la marginación del peronismo del juego electoral –sumado a la imposibilidad de canalizar los conflictos por vías democrático institucionales–, no demoró en generar nuevas formas de protesta y resistencia social.

La idea central de este artículo es recorrer este período y explorar los núcleos intelectuales genéricamente denominados de izquierda, contestarios o críticos (Terán, 1993: 11), que se formaron y actuaron en el campo cultural argentino durante la década del sesenta, prestando especial atención a las influencias, concepciones y polémicas que suscitaron acerca de la lucha armada como vía para el cambio de orden político-social.

Guían el artículo, fundamentalmente, los siguientes interrogantes: ¿Qué hechos y procesos llevaron a numerosos intelectuales argentinos a identificarse con la idea de la transformación del orden establecido?, y ¿en qué casos y bajo qué circunstancias una determinada imagen de la política los condujo a pensar en la lucha armada como opción para la transformación?

Palabras clave: intelectuales; violencia; cultura; política

Summary

Intellectuals and Violence in Argentina. The Sixties

As regards the spreading and debate of new ideas during the 20th Century, the Sixties may have been one of the most important periods. Paradoxically, instead of experiencing a cultural modernization, there was political proscription, authoritarianism and violence in Argentina, where new ways of demonstrating and social resistance were born due to the marginalization of Peronistas plus the impossibility of solving disputes using democratic institutions.

The aim of this article is to cover this period and explore the intellectual groups, generically called left-wing, anti-establishment or critical (Terán, 1993:11). These groups were born and developed within the Argentine frame during the Sixties, taking special account on the influences, conceptions and controversies which provoked an armed struggle as a means of a new socio-political order.

The article raises mainly the following questions: Which facts and processes led so many Argentine intellectuals to be identified with the concept of established order transformation?, and in which cases and under what circumstances a certain political image made them think of an armed struggle as an option for transformation?

Keywords: intellectuals; violence; culture; politic

Introducción

La transformación social

Los núcleos intelectuales genéricamente denominados de *izquierda, contestarios o críticos*, que se formaron y actuaron en el campo político-cultural argentino de la década del *sesenta*, son parte de un amplio movimiento mundial que hacia mediados del siglo XX eclosiona -con creciente y fervoroso énfasis-, en la idea de ruptura, innovación y crítica del orden social establecido.

Esta idea es resultado de un proceso que comienza con las corrientes de pensamiento y vanguardias estéticas y políticas de principios de siglo, por tanto, quizás algunos antecedentes de los llamados *Sesenta* hay que rastrearlos en los cenáculos artístico-intelectuales de Londres, Berlín, París y Nueva York, donde se proyectó desde el positivismo y luego el surrealismo -tras la Primera Guerra Mundial- hasta el existencialismo y el estructuralismo -después de la Segunda.

Con sus particularidades, Latinoamérica no escapa a este movimiento signado por un quiebre paulatino con la moral conservadora, podríamos decir incluso que la preocupación política propia de estos años -y que es vivida con urgencia-, es producto también de ciertas líneas de continuidad histórica que nos remite a numerosos casos de artistas e intelectuales latinoamericanos que, desde la década del *Veinte*, adoptaron un perfil militante: “así por caso, los célebres pintores Xavier Guerrero, Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros, que son miembros del comité central del Partido Comunista mexicano, mientras que los cubanos Rubén Martínez Villena y Julio Antonio Mella, y los peruanos José Carlos Mariátegui y César Vallejo se comprometen activamente en las luchas políticas, compromiso que Mella paga con la muerte, decretada por el dictador Gerardo Machado y ejecutada en México por un sicario” (Ansaldi, Funes, 2005:13). En este sentido, podemos mencionar también a los filósofos peruano Salazar Bondy y el mexicano Leopoldo Zea, los brasileños Paulo Freire y Fernando Cardoso, los argentinos John William Cooke y Ernesto “Che” Guevara, que entrados los *Sesenta* -y sumando nuevos argumentos-, sostienen discursos que retoman aspectos de un pensamiento latinoamericano, motivado principalmente, por el anhelo de desvelar la naturaleza de las relaciones de opresión y dominación existentes entre países *centrales* y *periféricos*, así como por una aspiración impostergable de terminar con la pobreza en el continente y generar un pensamiento filosófico independiente que devenga en proyectos políticos auténticos, sustentados en análisis de condiciones socio-culturales *reales* y *propias*.

En el discurso de estos intelectuales hay también cuestionamientos a su propio rol social en cuanto a las tareas políticas pendientes, y un tono de creciente insatisfacción respecto a lo insuficiente que resulta su influencia a la hora de los cambios efectivos. Quizás por eso, precisamente aquí, en los *Sesenta*, es cuando madura un deseo de tránsito desde las propuestas reformistas al intento de implementar soluciones revolucionarias eficaces.

Así lo expresan en una permanente convergencia y combinación tres discursos de época: 1) *el marxismo humanista*, constituido en especial a partir de los aportes de Gramsci a la teoría marxista, 2) *el cristianismo posconciliar*, con la renovada reflexión teológica de la Iglesia a partir del Concilio Vaticano II, y 3) *el nacionalismo popular*, que en el caso argentino estuvo alimentado, fundamentalmente, por la experiencia peronista con el ingreso de las masas a la vida política activa, y la influencia de la revolución cubana.

La convergencia del *marxismo humanista*, el *cristianismo posconciliar* y el *nacionalismo popular* -en tanto lenguajes políticos de época-, dan cuenta de las condiciones específicas de enunciación de ideas en ese contexto, o de lo que podríamos llamar también el *aparato argumentativo* que configuró las prácticas de los actores del período. En este sentido, en mi opinión, el auge y desarrollo de estos discursos de época, no sólo nos muestra el anclaje de un determinado repertorio conceptual, sino, sobretodo, formas de conciencia, actitudes, modelos de comportamiento o conductas que adoptan

los sujetos, y que vamos comentar a continuación a través de cinco procesos que se desarrollan en los *sesenta*:

1. El desarrollo de las Ciencias Sociales y la politización de la cultura.
2. Los movimientos de descolonización en países del Tercer Mundo y la Teoría de la Dependencia.
3. El diálogo entre católicos y marxistas.
4. La Revolución Cubana y el Nacionalismo Popular.
5. La problemática peronista y su proscripción política.

1. El desarrollo de las Ciencias Sociales y la politización de la cultura

José Pablo Feinmann, en su ensayo sobre violencia política: *La Sangre Derramada*, caracteriza este período de la historia como la era de la *razón prometeica* (Feinmann, 1999: 127). Se refiere a los años *sesenta* y *setenta* como los años de las grandes mareas revolucionarias, de las grandes promesas e imperativos morales, los años donde se impone la filosofía del movimiento, la filosofía de la modernidad, de la revolución, de las que entienden que la historia es un devenir de cambios, una materia en permanente movimiento y no algo estático y monolítico.

En este sentido la idea de Feinmann es útil no sólo para enmarcar el auge de las Ciencias Sociales -la Psicología, la Sociología o las Ciencias de la Educación- en las universidades argentinas y las más importantes del mundo, sino para ver sobretudo la importancia que cobra el pensamiento de ciertos autores de época. Es el caso de los europeos Gramsci, Freud, Sartre, Althusser, Marcuse, o el de los norteamericanos Wright Mills, Paul Baran y Paul Sweezy, por ejemplo, de quienes hay que resaltar, por un lado, que ponen de manifiesto la idea de fuerza de la conciencia humana para aceptar el absurdo de la existencia, y, por otro, destacar la capacidad transformadora que observan en el hombre para otorgar sentido al mundo prescindiendo de la ayuda de Dios.

En *El Ser y la Nada*, tal vez uno de los libros más difundidos de estos años, Sartre se pregunta ¿cómo se sitúa el ser humano en relación con el mundo?, interrogante a partir del cual desarrolla el planteo existencialista, que radica, básicamente, en la idea del *hombre* que no queda reducido a los hechos dados, sino que esta determinado por su proyecto y su acción en el mundo. Para Sartre el hombre es lo que él hace de sí mismo, y por tanto está condenado a la libertad y la responsabilidad de elegir, al deber de realizarse a sí mismo. En su trabajo sostiene que la libertad no sería suprimida por hechos fácticos, sino que la esencia del hombre sólo estaría limitada por su propia existencia. El existencialismo sartreano está influenciado por la fenomenología de Husserl, Heidegger y Hegel, y más tardíamente, pero de manera determinante, por el marxismo.

En efecto, la teoría marxista tiene gran difusión por estos años, no sólo porque la Unión Soviética era entonces una alternativa real al mundo capitalista, ni porque recibió aportes teóricos permanentes que la mantenían actualizada -como fue el caso de Antonio Gramsci-, sino porque el desarrollo de las Ciencias Sociales le era especialmente favorable.

Durante la década del *sesenta* Argentina vivió un período histórico de relativa bonanza económica. Esta situación permitió impulsar un deseo de modernización cultural, donde las mayores posibilidades de acceso -fundamentalmente de la clase media- repercutieron en el despertar de un interés por el conocimiento, la cultura y la política en general. El desarrollo de las Ciencias Sociales, en coherencia con este proceso, podemos situarlo en una etapa de expansión en la demanda de formación universitaria, donde adoptaron un papel protagónico sectores intelectuales que habían sido apartados en las depuraciones políticas durante el régimen peronista.

Hay datos que muestran con claridad el fomento que recibieron las ciencias por parte del Estado entre 1956 y 1960, años en los que se fundaron el Instituto Nacional de Tecnología Industrial, el de Tecnología Agropecuaria, el de Cinematografía, el de Investigaciones Científicas y

Técnicas, y el Fondo Nacional de las Artes; instituciones que afianzaron un proceso modernizador imprimiendo un gran impulso y dinamismo a los investigadores argentinos quienes, por primera vez, pudieron aspirar tanto a becas como a subsidios del Estado para su formación, tanto sea en el país como en el extranjero. De este modo, en pocos años se cuadruplicó la matrícula universitaria, convirtiendo –por ejemplo- a la Universidad de Buenos Aires en la más densamente poblada de la región con más de 180.000 alumnos en 1960.

Otro indicador que señala el desarrollo de este campo en los *sesenta* es la producción de la Editorial de la Universidad de Buenos Aires (EUDEBA) que edita, desde su fundación en 1959, y sólo contando hasta 1962, alrededor de 3.000.000 de ejemplares. EUDEBA creada con el fin de distribuir trabajos a bajo costo, se convierte en un potente y accesible órgano de divulgación e intercambio científico, político y cultural.

No obstante, hay que decir que este proceso no se desarrolló sin conflictos, pues Argentina vive contemporáneamente una etapa de proscripción política, autoritarismo y violencia, donde fundamentalmente la marginación forzosa del peronismo en el juego electoral no demoró en generar nuevas formas de protesta y resistencia social. Un claro ejemplo de las dificultades fueron las densas polémicas generadas en torno a la presidencia de Frondizi y la aprobación de las *Leyes de Petróleo* y de *Universidades*, entre otras, que terminaron con el monopolio nacional en la explotación de reservas petrolíferas y el de la educación superior respectivamente.

En opinión de Nicolás Casullo

no solamente se trata de un tiempo de profunda politización de la cultura, sino de una profunda culturización de la política, es decir, no solamente se politizó el intelectual, o se politizó el estudiante, o aquel mundo que formaba parte del campo de la cultura, y que renegó de su simple ser cultural y se adscribió a una política, sino que la política alcanzó un grado de culturización, que también podríamos decir –en algún sentido- de estetización, que solamente así puede explicar muchas variables que se dieron en el campo de la revolución en los años sesenta y setenta (Casullo, 2005: conferencia).

Una prueba de esto fue la proliferación de un gran número de periódicos y revistas que rápidamente se convirtieron en el principal medio de intercambio y discusión de ideas entre intelectuales. Asociada fundamentalmente al circuito de librerías y editoriales porteñas de la calle Corrientes, una de las publicaciones más destacadas de la época fue la revista *Contorno*, una de sus redactoras, Susana Fiorito, comenta al respecto:

Contorno fue fundada como una revista puramente literaria, y sin embargo termina en sus últimos números haciendo análisis del peronismo y análisis del frondizismo. Ahí escribían León Rozitchner, David e Ismael Viñas, Juan José Sebrelli, Correa, Adelaida Gilly, Oscar Masotta, Noé Jitrik, Rodolfo Krusch y Ramón Alcalde, es decir, allí se reunía un grupo de intelectuales que provenían de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y que eran leídos principalmente por el público que se acercaba a las librerías de la calle Corrientes y los estudiantes universitarios (Fiorito, 2005: entrevista).

Los jóvenes de *Contorno* fueron los primeros que analizaron y resignificaron hechos y figuras históricas que definían la identidad nacional, y el *fenómeno* omnipresente de estos años: el peronismo. También se preguntaron respecto a su propia función social en tanto intelectuales, un interrogante

permanente, que ronda casi obsesivamente (podríamos decir) sobre aspectos de la identidad de toda esta generación.

En este sentido hay que destacar a José María Aricó quien fue el primer argentino que tradujo del italiano y dio prensa en Córdoba a los textos de Gramsci (*Cartas de la Cárcel* en 1950), y que fue quizás el principal animador de la inserción de las ideas de Gramsci en América Latina. En los primeros años de la década del *sesenta* Aricó comentaba en la revista *Pasado y Presente* cómo los intelectuales no constituirían una clase, sino una capa que dispone de una autonomía relativa que les permite convertirse en constructores, organizadores y persuasores constantes para la transformación del ámbito político social. En *La Formación de los Intelectuales*, Gramsci proyecta una imagen del sujeto intelectual ligado orgánicamente al desarrollo de la organización política; traza el bosquejo de un nuevo modelo de intelectual, que *debe ser* dirigente, pero muy ligado al conocimiento de los problemas de la producción, la técnica y la economía, que son, en su opinión, importantes herramientas complementarias de una visión general histórico-humanista de la realidad que motoriza el cambio revolucionario. De hecho, que “una masa de hombres sea inducida a pensar sobre el presente real con cohesión y dentro de una cierta unidad, es un hecho *filosófico* más importante y *original* que la revelación de una nueva verdad por el *genio* filosófico” (Gramsci, 1974:64).

De las publicaciones dirigidas a un público eminentemente universitario hay que mencionar a *Centro*, *Cuestiones de Filosofía* y la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* (RUBA), donde colaboraron reconocidos hombres de letras como Ernesto Sábato, Andrés Ramón Vázquez, Juan Carlos Pellegrini, José Luis Romero, Tulio Halperijg Donghi, Torcuato Di Tella, entre otros. Estas revistas, que publicó gran cantidad de artículos por encargo y tradujo trabajos o entrevistas de los pensadores europeos más destacados del momento, difunde la idea del desarrollo y el progreso como imperativo de la época.

Hay que decir, por un lado, que es indudable el aire modernizador que respiró la cultura por estos años, pero por otro, que las condiciones del contexto nacional no privilegiaron un espacio institucional de intercambio político ideológico donde canalizar conflictos y controversias.

Tal vez las publicaciones independientes y la Universidad fueron los que parcial e informalmente buscaron con más ímpetu ocupar y recrear los espacios que el Estado cancelaba, haciendo camino no sólo en una experiencia inédita, sino también explicitando que gran parte de la intelectualidad *progresista* había dejado -poco a poco- de aglutinarse alrededor del *eje antiperonista*, para afanarse en la búsqueda de una nueva identidad, de una nueva hegemonía intelectual y moral que, quizás, les permitiese gestar alternativas organizativas diferentes y de mayor influencia en los estamentos de poder y de toma de decisión.

2. Movimientos de descolonización en países del Tercer Mundo y la Teoría de la Dependencia

En los *sesenta* la escena internacional estaba determinada por un clima bélico de guerra fría, por la bipolaridad y el reparto de aliados entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Quizás por eso los movimientos de Liberación Nacional en el Tercer Mundo parecían probar que se había puesto en marcha un inquebrantable movimiento destinado a romper con el equilibrio de las relaciones de fuerza en el mundo.

Fredric Jameson, en su libro *Periodizar los 60'* (Jameson, 1984:28), considera que los llamados *sesentas* debieron mucho a los grandes movimientos de descolonización en el África británica y francesa, y a la concepción *tercermundista*, tanto en términos de modelo político-cultural, como de misticismo revolucionario y de resistencia a las fuerzas que intentaron reprimirla. Sin embargo, agrega Jameson, la concepción que hubo en Latinoamérica en los *sesenta* como un momento en el cual el capitalismo se hunde en una crisis terminal y las cadenas o grilletos del imperialismo clásico

eran desechados en una incitante ola de *guerras de liberación nacional* es una completa simplificación imaginaria. Es posible, sostiene Jameson, que “procesos de cambio en las estructuras del sistema productivo -denominado por el autor como *Revolución Verde-*, y la introducción de nuevos procedimientos químicos para la fertilización y nuevas estrategias intensificadas de mecanización conducen a un nuevo estado de penetración y expansión de la *lógica* del capital. El autor plantea que si bien “los *sesenta*, a menudo imaginados como el período en el que el capital y el poder del Primer Mundo están en retirada, en realidad puede fácilmente conceptualizarse como el período en el cual el capital está en una expansión completamente dinámica e innovadora, equipado con una completa armadura de nuevas y frescas producciones técnicas y nuevos *medios* de producción” (Jameson, 1984: 30).

Las teorizaciones en relación al desarrollo-subdesarrollo y el paso de una “sociedad tradicional” a una “moderna”, así como la idea de la dependencia económica están muy presentes en estos años. Cobran entonces gran relevancia las hipótesis que sostienen que el sistema económico se establece a partir de variables mutuamente dependientes y que los cambios de estructura social que permiten el desarrollo -o que reproducen el subdesarrollo- estarían dadas por una configuración de relaciones entre grupos, fuerzas y clases sociales que imponen formas de dominación. En apretada síntesis, la explotación y el dominio de ciertas formas económicas que permiten a los países centrales gozar de los beneficios y mantener el subdesarrollo en la periferia, sólo se rompería acabando con la naturaleza de las relaciones establecidas e imponiendo la autonomía y la reciprocidad. Para ello habría que romper los lazos con los socios internos y desplegar una estructura político-económica adecuada al desarrollo.

Es complejo determinar de qué modo la introducción de nuevas técnicas de producción y la crisis que generó el reordenamiento en las relaciones de trabajo en estos años, combinadas con los movimientos de descolonización -y las múltiples guerras que se dan en consecuencia, tanto en Asia como en África-, promueven nuevos discursos e imaginarios sociales que devienen en el auge de una filosofía de *liberación*, y un inusitado protagonismo a la idea del uso de la violencia como instrumento de transformación de las relaciones de dependencia.

En este sentido, Waldo Ansaldi opina que

la idea de la violencia es uno de los repertorios de lucha más fuertemente instalados en la época. Para los movimientos o los partidos políticos que se planteaban transformar la sociedad, la violencia constituía uno de los métodos, y quizás era uno de los más importantes de la época. Si bien se procesó de distintas maneras según los países y las particularidades de cada organización, (...) por estos años la violencia tiene presencia a escala planetaria; el proceso de descolonización lo puso en ese plano, sobretudo en algunas áreas muy sensibles del sudeste asiático, no solamente China, superpotencia de la época, sino sobretudo Vietnam, Laos o Camboya. También en África, Angola, Argelia, Mozambique, Congo, Guinea Cabo Verde (...). No es casual el estatuto teórico que alcanzó *Los Condenados de la Tierra*, de Franz Fanon, que presentaba como nota central su racionalización sobre la legitimidad del uso de la violencia, en un análisis que combinaba dimensiones políticas, sociológicas, históricas e incluso psicológicas (Ansaldi, 2005: entrevista).

En efecto, el libro de Fanon introdujo novedosos conceptos como los de *centro*, *periferia* y *neocolonialismo*, aunque quizás su aporte más significativo fue aplicar un desplazamiento conceptual a la clásica tesis marxista del *Manifiesto Comunista*, que define la contradicción principal del sistema capitalista en términos de clases -*burguesía vs. proletariado*-. Mientras Fanon sostuvo que la

contradicción irreductible debe concebirse más bien entre países, es decir, entre *Imperialismo vs. Nación*, entre Metrópolis y Colonias. Este giro conceptual se completa con la reivindicación explícita del uso de la violencia como método fundamental de resolución de este antagonismo.

Tanto las experiencias *liberacionistas* africanas, asiáticas y –a partir de 1959- fundamentalmente la cubana, no sólo abrieron nuevos espacios de reflexión y desarrollo de prácticas políticas, sino también críticas a las tesis ortodoxas de las organizaciones de izquierda más clásicas y su exponente más destacado: el Partido Comunista.

Como reflejo de estas críticas, la revista *Cuadernos de Cultura* –órgano muy potente del Partido Comunista Argentino durante la década del cincuenta-, paulatinamente fue perdiendo la hegemonía del espacio político cultural de la izquierda, el cual comienza a ocuparlo *Pasado y Presente*, *Nuevos Aires*, *Nueva Expresión*, o *El Grillo de Papel*. Estas publicaciones que trataron temas políticos, tanto nacionales como internacionales, alternaron con variadas temáticas culturales, y expresaron desde los primeros años de la década –y de modo casi sistemático en sus análisis-, la necesidad de conformar una *vanguardia revolucionaria* que organice el incipiente deseo de *liberación* que se observaba en las bases, y que reclamaba, cada vez con más vehemencia, cambios estructurales en un sistema capitalista que se consideraba agotado y envuelto en una crisis insalvable a merced del avance de la historia y el Socialismo.

De este modo, la creciente audiencia de fracciones cultivadas de la clase media que leía *Gaceta Literaria*, *Plática*, *Nueva Expresión* y *Hoy en la Cultura*, comenzó a mezclarse con el público de *Situación*, *Soluciones*, *El Popular o Che*, que era variado y que se mostraba cada vez más y más atraído por la idea de una vanguardia armada, por un peronismo revolucionario, especie de combinación entre marxismo y nacionalismo, resultado, en parte por la falta de alternativas políticas en tiempos de proscripción, y por otra, de la fuerte influencia de teorizaciones guerrilleras del *Che* Guevara, John William Cooke y Régis Debray.

Así, en la editorial del primer número la revista *Táctica*, Carlos Ávalos, Fernando Medinabeytia, Enrique Meisterra, Claudio Paz, Enrique Rodríguez, Néstor Spagnaro y Julián Axelman, afirmaban:

Porque creemos que las condiciones económicas, sociales y políticas nos aproximan presurosamente al terreno de las definiciones, porque estamos convencidos del valor histórico de la revolución argentina, aportamos nuestra opinión militante al debate que se inicia en la izquierda en busca de la formación de una Vanguardia, tarea a la que convocamos no en función de una nueva división de fuerza, sino reagrupando programáticamente a los sectores revolucionarios (*Táctica*, 1964: 2).

3. El diálogo entre católicos y marxistas

La destrucción de Europa que provocó la Segunda Guerra Mundial y la consolidación del Bloque Comunista como potencia alternativa, trajo aparejada una crisis del individualismo y de las ideas de progreso ilimitado del capitalismo.

La Iglesia –que no escapaba de este estado de reordenamiento general- en 1962 inauguró el Concilio Vaticano II, el más universal en la historia. El Concilio, encabezado por el Papa Juan XXIII, generó aportes de una trascendencia determinante en el acercamiento que se dio entre posturas católicas y marxistas. Dicho Concilio tuvo como objetivo abrir un espacio de reflexión teológica en torno a las nuevas problemáticas de la época, e intentar mostrar un perfil más convocante de la Iglesia. Las conclusiones del Concilio fueron claras: debe promoverse “una Iglesia de servicio y no de poder, de diálogo y no de imposición” (Morello, 2003: 57).

La renovación teológica a la que se somete la Iglesia durante el Concilio también es influenciada por el auge de las ciencias sociales, así, “la encíclica *Divino afflante Spiritio*, la *Nouvelle Théologie* significó un renacimiento teológico progresista, una reflexión adaptada al existencialismo” (Sarlo, 2001: 53). La incorporación de esta perspectiva teórica genera una visión más sensible a la filosofía política no exclusivamente cristiana y se ligan así cuestiones sociales con políticas. De este modo, cierto sector de la Iglesia se convence de que el liberalismo capitalista deviene en una sociedad anárquica, donde la vida se define con relación a intereses individuales que separa ricos de pobres, y que no promueve valores cristianos como el de igualdad, justicia y equidad.

Por su parte, muchos de los representantes latinoamericanos de gran presencia en el Concilio Vaticano II, impulsaron ejercicios de secularización teológica, orientándola –fundamentalmente- a la acción y resolución inmediata de las enormes necesidades de la mayoría de la población. Necesidades marcadas especialmente por el problema de la pobreza, el subdesarrollo y la debilidad del sistema político ante dos factores de poder: los capitales transnacionales y las Fuerzas Armadas.

La argumentación que avanza en estos años es la que ve en “el marxismo y el cristianismo diferencias de énfasis, diferencias que se disuelven no en una nueva síntesis, sino en una necesidad de complementación: el marxismo como aspecto social de la conflictividad de la que el cristianismo sería expresión en la conciencia individual” (Sarlo, 2001: 54).

Otro evento importante que acerca el pensamiento cristiano y el marxista, es la Conferencia Episcopal de Medellín en 1968, donde se definió, por un lado, una crítica a los privilegios económicos de las instituciones eclesíásticas tradicionales, su ineficiencia como factor de avanzada social, y por otro, -por primera vez- la lucha contra la pobreza como la principal tarea de la Iglesia y los cristianos. La Conferencia de Medellín gozó de gran aceptación en importantes sectores de la comunidad cristiana de la clase media, quienes como resultado desarrollaron un enorme sentido fraterno y de solidaridad con los sectores menos favorecidos de la sociedad. De hecho, nunca ha vuelto a ocurrir que tan amplios sectores se vuelquen tan masiva y solidariamente hacia los menos favorecidos de la sociedad como lo hicieron en esos años, en un intento por poner en práctica el imaginario de un Cristo mistificado bajo una filosofía que lo ponía más cerca de los pobres y excluidos que de la fastuosidad y el privilegio.

El Concilio Vaticano II y esta nueva reflexión teológica a la que se sometió la Iglesia dio resultados tales como la *Teología de la Liberación*, los *Sacerdotes para el Tercer Mundo*, y la emergencia de curas como Camilo Torres en Colombia o Helder Pessoa Cámara en Brasil, que demuestran el anclaje que tienen en el interior de la Iglesia las concepciones propuestas. En Argentina, la popularidad de Monseñor Angelelli y el Padre Mujica son prueba de una tendencia que se observa también en publicaciones cristianas muy extendidas como *Criterio*, dirigida por Monseñor Gustavo Franceschi y especialmente *Cristianismo y Revolución*, dirigida por Juan García Elorrio, que hacia los setenta comienza a editar en sus páginas artículos, entrevistas y comunicados de organizaciones político militares como el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) o Montoneros, funcionando abiertamente como espacio de expresión de dichas organizaciones.

Durante una entrevista, Ignacio Vélez Carreras, uno de los fundadores de la Organización Montoneros, comentaba:

yo iba a la escuela Inmaculada, donde los curas iban con la imagen del Cristo Vence en la solapa, recuerdo a un cura, el hermano Edelmiro, que nos daba clases de religión y que dirigía el tránsito en la esquina del colegio con una pistola en la cintura, en la calle Entre Ríos y Buenos Aires, frente al hotel Windsorf (en Córdoba). (...) Nosotros, que teníamos mucha relación con Monseñor Angelelli por ejemplo, y que compartíamos el

“desde y con los humildes”, (...) vimos nuestra opción muy claramente explicitada, era hacer la revolución, y era una opción absolutamente legítima. Y yo reivindico mucho esa posición “el deber de todo cristiano es ser revolucionario y el deber de todo revolucionario es hacer la revolución” y ante esta clase de consignas comprensibles, claras y precisas, nosotros no dudamos más. Esto trajo horrores, consecuencias nefastas, brutales y pavorosas (Vélez Carreras, 2005: entrevista).

En relación a la influencia en las prácticas de los cristianos y las reflexiones teológicas promovidas por el Concilio Vaticano II, Luis Rodeiro comenta que:

uno de los dos grupos que confluye en Montoneros, y que es oriundo de Córdoba, proviene de una experiencia que se llamó Cristo Obrero, y que fue una experiencia muy concreta, aunque más ideológica que práctica, y que es parte de un proceso que se vive en un sector cristiano con muchas de las nociones que se propulsan por el Concilio, y que son novedosas respecto a las concepciones más tradicionales de la Iglesia, pero además se interpretan aquí con las particularidades propias de nuestro país. Es sobretodo a partir de esta nueva lectura de la realidad y los mandatos morales que se produce un acercamiento y un diálogo entre cristianos y marxistas. La experiencia de Cristo Obrero tiene un hecho fundante para el posterior desarrollo ideológico de la organización Montoneros, que es la influencia de un filósofo que ya ha muerto, y que se llamaba Conrado Eggers Lan, quien es invitado por la agrupación y que venía trabajando hacía tiempo no sólo en la concepción de la liberación nacional, sino también con la idea de liberación social (Rodeiro, 2005: entrevista).

4. La Revolución Cubana y el auge del Nacionalismo Popular

La Revolución Cubana marcó definitivamente a la nueva intelectualidad de izquierda que se gestaba en la década de los *sesenta* tanto en Argentina como en el resto de América Latina. Fue una revolución inesperada, desconcertante, que venía a derrumbar todos los esquemas y modelos tradicionales de acción política del continente. Fue leída entonces como la inauguración de la revolución Latinoamericana.

La cubana fue una revolución diferente, tanto de la clásica Leninista, como de la experiencia Maoísta. Lo especial de esta revolución no fue sólo lograr la transformación de las estructuras productivas del sistema capitalista, o estar guiada por la idea del *Hombre Nuevo*, ese sujeto social imaginario liberado de la enajenación y la explotación de la sociedad de consumo. Lo novedoso fue la estrategia aplicada -enteramente propia-, conocida como *La teoría del foco o foquismo*, que como primera víctima se cobró a gran parte de las tesis y análisis del Partido Comunista, que mantenía hasta entonces la hegemonía de las interpretaciones marxistas. La Revolución Cubana, no sólo obligó a los intelectuales a redefinir posiciones ideológicas por su paso al marxismo-leninismo, sino sobretodo, a partir de su profundo sentido *antiimperialista*, propició un espacio de comunicación y acercamiento entre marxismo y nacionalismo.

En Argentina, el efecto de la experiencia cubana, de alguna manera “construyó un puente entre izquierda, nacionalismo y peronismo, y pudo emerger entonces un ala izquierda peronista que compensaría con el fervor de la juventud el menos visible entusiasmo de las bases obreras por el fenómeno cubano” (Sigal, 2002:163). El discurso nacionalista popular que había sido incorporado en Argentina por Perón, fue reforzado por la revolución cubana, que potenció la idea de lo propio y el valor de la acción, de la *praxis* revolucionaria cotidiana como el lugar *real* donde se producen los

cambios y se constituye la vanguardia. Las lecturas de las experiencias armadas latinoamericanas en general y de la cubana en particular cobraron con facilidad este sentido.

Por su parte, León Rozitchner nos dice que

recordemos también a Régis Debray, que era un intelectual francés que venía a bajarnos línea a los latinoamericanos. Hubiera sido deseable que un propio latinoamericano fuera el que teorizara acerca de los procedimientos a seguir en el continente. Yo estuve en Cuba en 1962, allí tuve oportunidad de participar –como todos los que vivimos la época- de la elaboración del pensamiento, y que fuera Debray el que tuviera la palabra en ¿Revolución en la Revolución? parecía ser una más de las formas de la moda, de la dependencia cultural y el sometimiento que existen. No es que me pareciera mal que Debray articulara las ideas de la revolución cubana, sino que se lo leyera acá (en Argentina) sin tener en cuenta las singularidades propias. (...) Habría que haber tenido la precaución de detenerse en las particularidades de las condiciones de represión de nuestro país, de la historia, de la cultura general. Yo creo que de algún modo es lo que ocurrió con el Che Guevara, quien no merecía terminar tan desprolijamente en Bolivia (Rozitchner, 2005: entrevista).

Pero tal es la influencia y la resonancia cubana en Argentina que John William Cooke, ex diputado peronista y representante de Perón hasta 1959, se exilia varios años en Cuba, donde vive sin intermediarios cuáles son los detalles de esta revolución. Desde allí Cooke se convierte en el primer promotor de la izquierda peronista revolucionaria. Su experiencia en la isla queda documentada en una serie de cartas que intercambia con Perón y que luego tendrán gran resonancia pública.

El *éxito* de Fidel Castro influye de manera determinante en los militantes más decididos, y la lucha armada comienza a considerarse no sólo una opción viable, sino ineludible para lograr la revolución social. *Gaceta Literaria*, en una de sus editoriales asegura que

Una serena voluntad hace que los pintores, los escritores, los cineastas, los actores, los músicos –en fin, todos los que han hecho algo por la belleza de los hombres- alcen su voz por Cuba, y ofrezcan, sin grandes gestos, su propia vida para defenderla. No es poco: para un creador la vida no es sólo la edad de los huesos sino la magia del tiempo hecha conciencia que no es poco. Y todo eso está junto a Cuba y estará en ella si es necesario. Serenamente, porque la serenidad es el coraje de la inteligencia (*Gaceta Literaria*, 1960: 1).

Con el correr de los sucesos la intelectualidad contestataria argentina va expresando en sus publicaciones razonamientos propios del Che en la *Guerra de Guerrillas*, según los cuales no se considera necesario esperar a que se den ciertas condiciones objetivas para la toma del poder ya que la formación de grupos revolucionarios bien preparados, con voluntad y decisión estarían posibilitados para vencer a un ejército y forzar dichas condiciones. Se argumentaba entonces, como lo hacía Héctor Schmucler, que “*la revolución se debe realizar aún cuando las fuerzas productivas bajo el capitalismo pudieran tener un desarrollo indefinido, puesto que lo revolucionario es, sobre todas las cosas, la voluntad revolucionaria*” (Pasado y Presente, 1964: 288). O Ismael Viñas, quien decía

parece casi increíble que a esta altura se deba discutir sobre la violencia entre quienes dicen ser revolucionarios. Los revolucionarios no hacemos un culto de la violencia, pero

tampoco somos herbívoros. Sabemos que el régimen no será derrotado pacíficamente, que los privilegiados no se dejarán despojar cortés y amablemente de sus privilegios. No es eso sólo: la reacción usa permanentemente la violencia. Para mantener la explotación de los trabajadores. Para impedir la labor de esclarecimiento. Para impedir que el pueblo participe de los derechos de la propia democracia burguesa (Liberación, 1964: 4).

Tal es así que el esquema interno de las organizaciones políticas se militariza y comienza a regirse con modelos donde imperan el verticalismo y la secularización interna. En este sentido, León Rozitchner comenta que

en todas las organizaciones de izquierda de la época la figura del líder era fundamental, tenemos que recordar lo que significó la figura de Fidel Castro y el “Che” Guevara, no sólo en Cuba y Argentina, sino en toda Latinoamérica. (...) El ejemplo del “Che” Guevara, el ejemplo aguerrido, el ejemplo del héroe negaba la instancia de detenerse en lo contundente de la realidad para sobrepasarla e ir más allá, puesto que para ir más allá hay que detenerse en lo contundente de la realidad, será quizás por eso que finalmente nos quedamos más acá. (Rozitchner, 2005: entrevista).

La muerte de Ernesto *Che* Guevara Linch en la selva boliviana en 1967, define de algún modo la dimensión que asume en este hombre el compromiso con sus ideas. Tal es así que el *Che* Guevara, para la jerga guevarista no muere, “cae”. “*Hasta la victoria siempre*” es la consigna imperativa que plantea la existencia individual del militante, que *debe ser* de entrega máxima a una praxis de transformación colectiva, donde gritará victoria o hallará la muerte. Fue la visión mistificada, heroica y trágica del compromiso con la causa.

José Pablo Feinmann ha caracterizado este período de nuestra historia con la idea de la *utopía*: “hay algo que aguarda en el futuro, algo por lo que habrá que pelear pero, asimismo, algo que no podrá sino realizarse” (Feinmann, 1999: 277). La utopía de la cultura política de la izquierda –dice Feinmann– fue, siempre, una utopía garantida: ella era, sin más, el sentido de la historia, nada podría impedir su realización, y la justificación profunda de una vida radicaba en volcarse a esa verdad que la trascendía, que la arrancaba de su mera individualidad y la mixturaba con la historia, nada menos.

5. La problemática peronista y su proscripción política

Quienes habían contribuido a desencadenar el golpe militar del 16 de junio de 1955 que derrocó el gobierno de Perón, pronto descubrieron que sostenían un régimen impopular. De algún modo, la ilegitimidad del gobierno y de los Partidos Políticos que habían acompañado el golpe, colaboraron en la decadencia de la noción de democracia y favorecieron la consolidación de la violencia como forma de acción política en el conjunto de la sociedad.

Algunos historiadores definen este período de la historia Argentina como “*parlamentarismo negro* por el ejercicio de la política fuera de los canales institucionales; o *juego imposible* porque cada uno de los actores tenía capacidad para bloquear los proyectos de sus adversarios pero era incapaz de realizar los suyos dadas las dificultades de ganar elecciones sin contar con el voto peronista y de conservarse en el gobierno sin el apoyo del Ejército que proscribía al peronismo” (Tcach, 2003: 24).

Las acciones del presidente de facto Aramburu fueron claras desde el principio: intervino la CGT, luego disolvió el partido peronista, inhabilitó para obtener empleos en la administración pública a sus afiliados y a quienes habían ocupado cargos sindicales durante su gobierno. También implantó la ley marcial, fusiló a seis militares sublevados y dieciocho civiles fueron ejecutados en Lanús, al igual que un grupo de obreros en un basurero de José León Suárez. Este último episodio –

conocido como *Operación Masacre*-, y magníficamente documentado por Rodolfo Walsh, puso al descubierto que la muerte por razones políticas sería parte de la metodología del gobierno.

Ya durante el gobierno de Frondizi se implementó el Plan CONINTES (Conmoción Interna del Estado), en virtud del cual más de 3.000 militantes, en su mayoría peronista, fueron detenidos y confinados en el sur del país. También

la Ley de Defensa de la Democracia, que permitió clasificar y perseguir diferentes categorías de comunistas (criptocomunistas, filocomunistas, etc.), prohibir publicaciones y clausurar imprentas, (...) pues el gobierno parecía ver en el vuelco al marxismo-leninismo de la revolución cubana una razón que justificaba su urgencia” (Sigal, 2002:152).

Sumado a esto, las nuevas orientaciones económicas y las tensiones generadas por los intentos de promover cambios en el modelo del Estado corporativo peronista, dieron lugar a respuestas violentas por parte de los muchos fieles que seguían bajo al liderazgo de Perón. Así, acción y reacción, iniciaron la más trágica espiral de violencia de la historia argentina.

El poder, si bien nuevamente estaba en manos de sectores tradicionales, no podía suprimir el acelerado proceso de cambio social que se había gestado en el país a partir de las grandes olas inmigratorias y la experiencia peronista. El ordenamiento económico social, la modificación profunda de la fisonomía demográfica del país y su estilo político, habían otorgado a las masas un ascenso y un protagonismo hasta entonces desconocido y que no se podía soslayar fácilmente.

En este marco de *pseudo* democracia o democracia restringida, donde la violencia estaba a la orden del día, los intelectuales de izquierda comienzan a dar un giro ideológico importante. Impulsados por los hechos internacionales que hemos comentado más arriba, por la decepción del proyecto de Frondizi en particular y el descrédito de la democracia en general; muchos creyeron descubrir tardíamente una positiva dimensión *popular* en el peronismo, y así, su tradicional oposición al régimen -su tradicional antiperonismo- empieza a ser visto como un error.

De este modo lo expresó la Revista *Nueva Política*, donde en 1965, Juan Carlos Portantiero, Hamza Alavi, Rodolfo Walsh y José G. Vazeilles, en la editorial plantean que uno de los problemas “se traduce principalmente en la preocupación del papel del peronismo, la tarea de la izquierda en relación con el mismo, la construcción del “partido revolucionario”, y debajo de todo eso, fundamentándolo ¿cómo nacionalizar realmente nuestra revolución?” (*Nueva Política*, 1965: 3).

Numerosas publicaciones de la época reflejaron una permanente preocupación por la relación entre izquierda y peronismo, entre intelectuales y pueblo, entre nacionalismo y marxismo, así como la agobiante imposibilidad de canalizar institucionalmente las controversias políticas y el desacuerdo. Esta situación colaboró no sólo para convertir a la prensa y las editoriales en espacios de intercambio ideológico de urgencia, sino para alentar diversos grupos de presión que buscaban vías alternativas donde dirimir el poder. Como vimos, en los primeros años de la década del *Sesenta*, el grupo *Contorno* es el primero en preguntarse qué lugar debe ocupar *lo político* en la tarea intelectual, pero pronto pierde el monopolio de esta preocupación. Rápidamente proliferan otras publicaciones, algunas marxistas, otras peronistas y luego marxistas filo peronistas como *Izquierda Nacional*, *Militancia Peronista o El Popular*, donde destacan la participación de Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Ortega Peña, Juan José Real, Hernández Arregui o Rodolfo Puiggrós.

Así, poco a poco, madura entre muchos intelectuales y militantes el deseo de organizar una identificación entre *intelligentsia* y *pueblo* en un bloque político común, contrapuesto a los gobiernos de facto (o pseudo democráticos) inflexibles y autoritarios. Esta situación se agudiza especialmente a partir de la dictadura de 1966, cuando el gobierno de Onganía no sólo clausura todas las

posibilidades de acción política institucionalizada, sino que interviene el último *bastión democrático*: la Universidad. A partir de aquí la proscripción peronista se difumina y extiende también al control de espacios recreativos como bares, salas de baile y hoteles alojamiento. Se persigue ya no sólo al *partidario* sino a una supuesta moral *libertina*. Entonces, que el juez De La Riestra tuviera potestad para decidir en materia de cine, teatro o literatura, a la vez que la clausura de bares o salas de baile, se vivió como un atropello inconcebible en los ámbitos de la cultura.

Así, podemos decir, que emergen y se fortalecen dos ideas en los sectores intelectuales más críticos del orden establecido: 1)- el gobierno es el adversario común a combatir, tanto por los sectores intelectuales como por las clases populares, y 2)- las Fuerzas Armadas se han convertido en el actor desequilibrante que se interpone entre el pueblo y su legítimo poder. Y en los hechos, sólo la contundencia de las armas da garantías al sector minoritario que persiste en el poder.

La represión y la censura dividen aguas en el imaginario de la intelectualidad de izquierda y nuevamente se impone la mirada que propone una división binaria de los conflictos políticos en la sociedad argentina. Queda así dispuesta la unidad por contraste entre *Intelectuales y Pueblo*, *Vanguardia y Masa*. Pues para muchos organizar una vanguardia que emprenda la lucha armada es una necesidad, una certeza.

Comentario Final

Los años *sesenta* fueron uno de los períodos más ricos del siglo XX en cuanto a producción, difusión y debate de ideas transformadoras en Argentina, esto puede observarse –por ejemplo– en la introducción y modernización de las Ciencias Sociales, la profunda politización de los ámbitos de la cultura y la influencia de las novedosas reflexiones teológicas del Concilio Vaticano II que promovieron un acercamiento entre posturas católicas y marxistas.

Dicho proceso de modernización hay que concebirlo en combinación con el auge de tres discursos típicos de esos años: el *marxismo humanista*, el *cristianismo posconciliar* y el *nacionalismo popular*. En tanto lenguajes políticos de época, estos tres discursos conformaron un aparato argumentativo que fue poderosamente reforzado por una concepción *tercermundista* y un *misticismo revolucionario* desarrollado por una serie de hechos internacionales como las guerras denominadas de *Liberación Nacional* en las colonias británicas y francesas de Asia y África, o la Revolución Cubana en Latinoamérica. Hechos que pusieron en el centro de la escena a la *lucha armada* como método efectivo, legítimo y válido para conseguir los objetivos socio-políticos deseados.

Por último, el factor nacional determinante en el desarrollo de las concepciones de *lucha armada* de dicha etapa fue la marginación del peronismo del juego electoral y la imposibilidad general de canalizar las controversias políticas por vías democrático-institucionales, situación que no demoró en generar nuevas formas de protesta y resistencia, entre las que se cuenta la fundación de organizaciones político-militares. En todo el asunto la intelectualidad de izquierda cumple un papel destacado, de ello da cuenta más de media centena de publicaciones del período, donde se sostiene una intensa y permanente polémica en torno a la conveniencia o no del uso de la violencia como método para la toma del poder del Estado, como medio para llevar adelante una transformación revolucionaria de la sociedad, o para lograr la legalidad del peronismo.

Bibliografía

Ansaldi, W. y Funes, P. (1998). Viviendo una hora latinoamericana. *Cuadernos del CISH* (4), Centro de Investigaciones Socio Históricas, Universidad Nacional de La Plata, 13-75.

Avalos C., Medinabeyría F., Meisterra E., Paz C., Rodríguez E., Spagnaro N. y Axelman J. (1964). Editorial. *Táctica* (1) 1, Buenos Aires, 2.

Feinmann, J. P. (1999). *La Sangre Derramada. Violencia Política*, Buenos Aires: Ariel.

Intelectuales y lucha armada en Argentina. La década del sesenta Pablo Ponza

- Gramsci, A. (1974). *La formación de los intelectuales*. Barcelona: Grijalbo.
- Jameson, F. (1984). *Periodizar los 60'*, Buenos Aires: Alción, Argentina.
- Morillo, G. (2003). *Cristianismo y Revolución*, Tesis, Argentina.
- Portantiero J. C., Alavi, H., Walsh, R., Vazeilles, J. G. (1965). Editorial. *Nueva Política*, (1) 1, Buenos Aires, 3.
- Sarlo, B. (2001). *La Batalla de las Ideas*, Buenos Aires: Ariel.
- Schmucler, H. (1964). Problemas del Tercer Mundo. *Pasado y Presente*, (1) 4, Córdoba, 288.
- Sigal, S. (2002). *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*. Buenos Aires: Siglo XIX editores.
- Tcach, C. (2003). Golpes, proscripciones y partidos políticos. En: *Nueva Historia Argentina*, Tomo IX, Buenos Aires: Sudamericana.
- Terán O. (1993). *Nuestros años sesenta*, Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Viñas, I. (1964). Editorial. *Liberación*, (3) 23, Buenos Aires, 4.

Fuentes orales

- Ansaldi, Waldo (Investigador de CONICET y Profesor de Ciencias Sociales de la UBA), Entrevista, Buenos Aires, 2 de setiembre de 2005.
- Casullo, Nicolás (Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA) Conferencia *Política y Cultura en la Argentina de los años 60 y 70*, Centro Cultural Rojas, Buenos Aires, 30 de agosto de 2005.
- Fiorito, Susana (Periodista: *Contorno*, *Revista de Problemas del Tercer Mundo*, *Nueva Política*, *No Transar*, *Liberación*), Entrevista, Córdoba, 12 de agosto de 2005.
- Rodeiro, Luis, Entrevista: (Periodista, integrante del grupo fundador de Montoneros, Entrevista, Córdoba, 29 de junio de 2005.
- Rozitchner, León, Entrevista: (Investigador Principal de CONICET y Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA), Entrevista, Buenos Aires, 30 de agosto de 2005.
- Vélez Carreras, Ignacio (Abogado, integrante del grupo fundador de *Montoneros*), Entrevista, Buenos Aires, 3 de setiembre de 2005.

Periódicos

- Gaceta Literaria, "Editorial" (sin firma), Año 4, N° 21, Buenos Aires, 1960, pág.1.